

significa que si el dios no cumple con su deber será castigado en su fetiche, costumbre que encontramos tambien con frecuencia entre las tribus negras.

Por otro lado, tiene la divinidad determinadas exigencias para con los hombres: es un sér secreto al cual, como al rey, no puede el hombre acercarse sin ceremonia. Hay cosas contrarias á la divinidad y «que le repugnan,» como por ejemplo el uso de ciertos pescados, del cerdo, etc. El adorador debe estar ante todo limpio de toda mancha y no puede acercarse á Dios inmediatamente despues de haber estado en contacto carnal con la mujer, sino que ha de lavarse y ha de lavar sus vestidos, etc. Lo primero que se exige á los servidores de la divinidad es la pureza, y por esto se les llama tambien «los puros» ('ub). «Los sacerdotes se rapan todo el cuerpo cada tres días y solo pueden llevar una túnica de hilo y sandalias de papiro: se lavan dos veces al día y dos durante la noche con agua fría y tienen que observar otra multitud de prácticas por este estilo (1).» A estas pertenecia tambien la circuncision que practicaban principalmente los sacerdotes y asimismo una gran parte del pueblo y que se extendió fuera del Egipto por el África y por el Asia (2). Esta operacion era un sacrificio de la propia sangre ofrecido á Dios, nacido de una costumbre de bodas: el rito se celebraba, en su origen, en la persona del novio, para que ingresara puro en el matrimonio (3). Esta y otras costumbres análogas eran naturalmente distintas en cada distrito y fueron paulatinamente desenvolviéndose hasta llegar á ser fórmulas fijas. La idea que les sirve de fundamento siempre es la misma, á saber: que á la pureza exterior corresponde la interior. Todo lo existente descansa en Dios, fundamento del orden social y político, que ha salido de su voluntad y que subsiste en él; de aquí que todo cuanto se ha reputado en todo tiempo esencia de la conciencia social, es decir moral, es considerado como voluntad y exigencia de la divinidad. Esta no es moral; tampoco es moral la relacion del hombre con ella, sino que es necesaria por naturaleza; pero como los principios morales descansan en una necesidad natural y nacen inmediatamente de las condiciones de la vida social comun, se les considera como preceptos de la divinidad que ha creado y determinado la forma de la vida de la sociedad. El que viola los preceptos morales, en una época tenidos por sagrados, y comete un delito, es considerado como impuro á los ojos de la divinidad y por ésta perseguido y castigado. Cuanto mas se perfeccionan y robustecen, con los progresos de la civilizacion, las nociones morales, tanto mas severas son las exigencias de la divinidad bajo

no puede considerarse como absolutamente inexacto, en cuanto todo lo malo era calificado de tifónico, y las divinidades veneradas en la forma de animales no son seres bondadosos, sino demonios poderosos y despóticos que debian ser castigados por sus caprichos.

(1) Herodoto, II, 37 (véase mas adelante).

(2) Herodoto, II, 37, 104. Jos., c. Ap. II, 13, Diod., III, 32 y otros. Segun un relieve reproducido por Chabas, Revue archeol. N. S. III, 1861, por Ebers (Egipto) y por el B. Mos., 280, se practicaba la circuncision en los niños como actualmente la hacen los mahometanos. El historiador elohístico (Libro de Josué, 5, 9) llama al prepucio «la vergüenza de Egipto,» es decir, algo que á los ojos de los egipcios era vergonzoso é impuro.

(3) Wellhausen, en sus «Prolegómenos para la historia de Israel,» segunda edicion, pág. 360, explica la costumbre muy acertadamente, pues los nombres de novio y de yerno, así en hebreo como en árabe, se derivan de la raíz chatana (circuncidar): véase Exodo, 4, 25. Debo rectificar mi opinion, manifestada en la Historia de la antigüedad, de que la circuncision era una castracion suavizada, pues Ebers ha dicho con razon, en contra de ella, que en Egipto no se encuentra huella ninguna de la castracion. La opinion de Stades: Historia del pueblo de Israel, de que la circuncision era primitivamente un signo de raza de los hebreos, es tambien dificilmente sostenible, pues en su origen no es esencialmente hebrea, y por el contrario es probable que fuera adoptada siguiendo el ejemplo de Egipto.

este concepto (4). El último resultado de este desenvolvimiento es que ahora, por el contrario, las nociones morales se hacen tambien extensivas á la divinidad, convirtiéndose á ésta en un sér moral, cosa á que nunca se llegó en Egipto.

Por regla general, la religion egipcia de los primitivos tiempos ofrece un carácter de sencillez y hasta de claridad, por mas que en ella no faltan algunos excesos y que en los tiempos mas antiguos pudo muy bien suceder que en algunos casos calamitosos apelara aun á los sacrificios humanos. Refieren algunas leyendas que en épocas primitivas eran sacrificadas las personas de cabello rojo, por llevar el color del demonio Set, hasta que posteriormente se sacrificaron en su lugar bueyes y otros animales de pelo rojo (5) y Manethon refiere que en otro tiempo, en Eileithyia, se quemaba á hombres vivos y que en Heliópolis se hacian á Hera análogos sacrificios hasta que el rey Amosis mandó sacrificar, en vez de personas, muñecos de cera (6). Es muy posible que en estas leyendas se hayan conservado, como en las relaciones hebraicas del sacrificio de Isaac y de la hija de Jefté, los recuerdos de antiguos sacrificios humanos, por mas que las leyendas tales como hoy existen tienen un carácter mas bien etiológico. Teniendo que explicar por qué eran sacrificados los bueyes de pelo rojo, por qué en Heliópolis se consagraban muñecos, etc., presentan estos usos como restos de antiguos sacrificios humanos. En los monumentos, sin embargo, no se encuentra la menor referencia á ellos. Para los egipcios de los tiempos históricos estos sacrificios eran completamente desconocidos y considerados como una crueldad, como lo eran tambien para los posteriores hebreos (7).

Mucho mas extendidas se hallaban en Egipto, desde los tiempos primitivos, otras prácticas supersticiosas, tales como las tentativas para ponerse en relaciones con los demonios, para adquirir poder sobre ellos y para utilizarle con fines mágicos, y por otro lado para asegurarse contra las influencias malélicas de los demonios y hechiceros. El perfeccionamiento de las doctrinas demoniacas y de la deisidemonia en alto grado, que caracteriza á los posteriores egipcios, pertenece á una época posterior; pero las ideas que le sirvieron de fundamento se fueron desarrollando íntimamente ligadas con los principios de las nociones religiosas. Es indudable que en todo tiempo han creído los egipcios que existian muchos espíritus malélicos, que era preciso guardarse de ellos y que en ellos podia ejercerse cierta influencia; de aquí que se rodearan de todos los medios de defensa que proporcionaban las invocaciones á los dioses, los hechizos y los amuletos.

(4) Así como nosotros en este capítulo decimos simplemente «divinidad,» del mismo modo lo hacian todos los pueblos antiguos, lo mismo los egipcios que los griegos y los romanos, porque entre ellos era poco determinada la individualidad del sér aislado. Si se hubiera preguntado á un egipcio á qué divinidad se referia cuando decia: «El uso de la carne de cerdo es odioso á Dios,» ó «Dios ama á los obedientes y abomina á los desobedientes,» os habria contestado que se referia al «dios de su ciudad,» ó á Ra', ó simplemente «á todo Dios.» Se trata de preceptos que, por su naturaleza, proceden de todos los dioses, pues todos ellos son poderosos. Algunos modernos investigadores han creído, por un procedimiento extraño, ver en estas expresiones huellas de una idea de la unidad de Dios, de una especie de «theoismo primitivo,» digámoslo así, cuando precisamente indican todo lo contrario.

(5) Esta forma de la tradicion resulta de la combinacion de Plut., De Is., 31, y Diod., I, 88, segun cuyos autores el sacrificio se hacia en la tumba de Osiris, en Busiris. — No puede decirse positivamente si el fondo de la leyenda de Busiris pertenece á este capítulo. Véase Seleukos év ois peri tñs par' Aiyuπτoiois ándpwpodwσiaσ; diηγeitaí en Athen., IV, 172.

(6) Plutarco, De Is., 73, Porphy., de abstín., II, 55 (tambien de Seleukos), Los datos relativos á Heliópolis están en conexion con la narracion de la llamada «destruccion de los hombres?» Véase mas adelante.

(7) Igual juicio emite Herodoto (II, 45) sobre la leyenda de Busiris.

CAPITULO IV

LOS DOS IMPERIOS Y NACIMIENTO DE LA UNIDAD DEL ESTADO

Antes de reunirse en grandes Estados, los pequeños del bajo valle del Nilo debieron de sostener, durante mucho tiempo, grandes luchas entre sí para conquistar la preeminencia, hasta que por fin se agruparon en dos grandes Estados, «el del Sur,»—es decir, el largo y estrecho valle del Nilo, desde la frontera nubia hasta mas abajo de Fayum—y «el del Norte,»—que comprendia el Delta y además el que luego fué territorio de Menfis. El soberano del Sur llevaba el título de suteni (1) y como adorno en la cabeza un yelmo pintado

de color blanco; su residencia era la ciudad de Nechebt ó Nechen, situada en el extremo meridional de su imperio, hoy llamada Elkab (la Eileithyia de los griegos), cuya diosa de distrito, llamada tambien Nechebt, era la diosa tutelar del Sur y ha sido en todo tiempo la diosa protectora de los reyes á los cuales conduce á la victoria. Muchas veces, las esculturas representan á su animal sagrado, el buitre, volando por encima del soberano y llevando el anillo-sello del rey entre las garras (véase el grabado de la pág. 145). Junto á ella, desempeñan un papel importantísimo en los escritos teológicos de todos los tiempos «las almas de Nechebt.» En otras partes, encontramos tambien demostrada la importancia de la antigua capital del país: en el Antiguo imperio, el título de

«juez de la ciudad de Nechen» era el título oficial de un elevado funcionario de la magistratura, y la dignidad de «conde (ha'i) de Nechen y sacerdote de la diosa Nechebt (2)» solo se concedia á los supremos dignatarios del imperio. Algo mas pasó tambien de las instituciones del imperio del Sur al posterior Estado unitario, especialmente el supremo colegio de administracion y los «grandes del Sur,» de los cuales hablaremos mas adelante.

La propia importancia que en el imperio del Sur tiene Nechebt disfruta en el país septentrional la ciudad Pe ó Dep, como tambien se la llama (3), situada muy hácia el Norte, casi á la orilla del gran lago pantanoso Burlus, y en una comarca hoy completamente estéril pero que en la antigüedad debió de ser muy fértil y cultivable. La diosa de la ciudad y por tanto la protectora de todo el Norte es Uazit, venerada como vibracion de Ureu: por esta razon la ciudad es denominada muchas veces «habitacion de Uazit,» en griego Buto.

El rey del Norte lleva el título de , cuya pronunciacion

(1) Los dos títulos de rey son adjetivos en i; de aquí que el plural se

escriba generalmente que se lee suteniu... tiu.

(2) (no entiendo este grupo que tan á menudo se

encuentra Mariette, Mastabas, D, 38, 46, Lepsius, Mon., I, 45, 97, b. y en el título de Una: mas abreviado Lepsius, Mon., II, 16, 17.

Mariette, Mon. div., 17 y otros. Tambien pertenece á esto.

(3) No se sabe aun positivamente la relacion que entre ambos nombres existe. — Tambien «las almas de Pe y Dep» representan un gran papel en los textos religiosos. — Para lo demás, véase, por ejemplo: Unasphy, II, 67, en donde «el ojo de Horo (es decir, el sacrificio), en Dep (Buto) y el «ojo de Horo en todas las ciudades de la corona del Norte,» están en paralelismo.

nos es desconocida, y lleva en la cabeza un casco de forma

muy especial , «la corona roja» del Bajo Egipto. Esta capital ha conservado aun posteriormente su importancia bajo el punto de vista de que «el señor de Pe» se nos presenta en el Antiguo imperio como personaje igualmente elevado que el «conde de Nechen» y unido con él por el título de los supremos funcionarios (4). El escudo del imperio del Norte es el papiro ó , así como el del imperio del Sur es un loto ó un junco , ó .

La division en dos del valle del Nilo egipcio sobrevivió mucho tiempo á la existencia especial de los dos imperios, tal como la habia marcado la naturaleza, y hasta la posterior época romana no vemos al país dividido en tres partes para los fines administrativos (Delta, Heptanomis y Tebaida), division que por un error tradicional se continuó en los mapas y descripciones del antiguo Egipto, por mas que nunca tuviera una importancia histórica y no fuera jamás aceptada por la misma poblacion. Actualmente, todavia subsiste la antigua division, con la sola diferencia de que ahora la frontera está en Beni-Snef, es decir, dos leguas mas hácia el Sur que en la antigüedad.

Para los antiguos egipcios, no habia mas mundo que su patria. A ambos lados del territorio fértil se extendia el árido é inaccesible «país rojo,» donde solo podian vivir algunas cuadrillas de salteadores y miserables nómadas; y por lo que hace á los lejanos países extranjeros no se hace de ellos mencion alguna entre los habitantes del Nilo hasta el siglo quince antes de Jesucristo. Así para el egipcio es en cierto modo una ley natural la de que el mundo está dividido en dos partes. «Los dos países» son para él toda la tierra y de la propia manera supone divididos en mitad Norte y mitad Sur el cielo y el infierno (5). El Este y el Oeste tienen tambien en el cielo una importancia de que no gozan en la tierra, así es que mientras los soberanos de Babilonia se denominaban «reyes de las cuatro partes del cielo,» á los egipcios les bastaba con el título de «rey del país del Sur y del país del Norte.» El egipcio se explicaba el origen de la division en dos partes del siguiente modo: el señor del mundo, Ra', para poner fin á la eterna lucha entre los dioses Horo y Set, dividió entre los dos la tierra, concediendo al primero el país del Sur y al segundo el país del Norte, ambos como imperio propio de cada uno.

De los dos imperios, como recientemente ha observado Erman (6), el meridional era indudablemente el mas cultivado, pues en los extensos pantanos del Norte la roturacion debia hacerse con mucha mas lentitud que en el angosto valle superior del Nilo y á esto se debió que en los tiempos históricos se hiciera mucho despues que en aquel valle. En tiempo del Antiguo imperio, como lo demuestran los dibujos

(4) Lepsius: Mon., II, 16, 19, 45. Mariette: Mast., D, 62 y otros.

(5) La posterior teología solar deduce esta division en dos del curso diario del sol; véase Grébaut: Hymne á Amon-Ra (Bibliothèque de l'école des hautes études, XXI, 1875), págs. 161 y 173. Este autor busca equivocadamente en esta declaracion secundaria el origen de la idea. Cuando

se da á los dioses el título «rey del Alto y del Bajo Egipto,» se les quiere con ello designar como los soberanos del mundo que gobiernan directamente y que intervienen en la vida terrenal.

(6) El Egipto y la vida egipcia en la antigüedad, pág. 32. Tambien demuestra que muchos nombres de poblaciones del Alto Egipto se reproducen en el Delta, lo cual prueba indudablemente la existencia en éste de una colonizacion realizada en posteriores tiempos históricos. — Véase mas arriba.

de los sepulcros, había todavía extensas llanuras cubiertas de pantanos, en las cuales crecían los arbustos del papiro y otras plantas acuáticas y abundaban las aves acuáticas que solían cazar los grandes señores.

Del Sur partió la unión de todo el Egipto, lo cual puede con seguridad deducirse del hecho de que en los títulos de reyes y en todas las relaciones oficiales, el Sur precede al Norte. No sabemos si esta unión se realizó por medio de la conquista, pero de todas maneras no hubo la conquista de ser tal que se confundieran por completo aquellos dos países formando un solo Estado, sino que más bien, como hace notar Erman, revistió el carácter de una unión esencialmente personal, en la que subsistió separada la administración de ambos imperios.

La unión de los dos países es el hecho fundamental de donde parte la historia de Egipto, tal como la conocemos. Señalando la tradición egipcia unánimemente a Menes (en griego Min y Menes) como primer señor del país, es muy probable que con este nombre haya llegado hasta nosotros el del soberano que llevó a cabo acto de tal importancia. Como patria de este soberano se cita a Thinis, capital del octavo nomos del Alto Egipto que después fue completamente oscurecida por la vecina ciudad de Abydos. Este dato, que ninguna razón hay para no considerar histórico, nos da quizás a conocer el lugar de donde partió la unión. Desde entonces, un solo rey gobierna las «partes de Horo y de Set» y reúne en su cabeza la corona blanca y la roja. Y así como todos los sucesos de la tierra se reflejan en el mundo de los dioses, de la misma manera al dios luz Horo, cuya encarnación en la tierra son los reyes, se le da, como el más hermoso de los títulos honoríficos, el de «unificador de los dos países» (*samtai*).

La tradición indígena nada sabe naturalmente acerca de la larga historia primitiva del imperio egipcio, cuyos perfiles hemos procurado reconstruir, y antes por el contrario hace del estado de cosas existente, tal como lo hemos explicado, una especie de organización divina. Antes de que reyes mortales gobernaran la tierra, vióse ésta regida durante mucho tiempo por dioses, el primero de los cuales fue Ptah, dios de Menfis; y el hecho de que Ptah figure al frente de los dioses gobernantes nos demuestra el lugar en donde nació esa tradición. En Tebas fue donde se nombró a Amon primer soberano. Sigue luego Ra' y después de éste vienen los dioses por el orden establecido, desde antiguo, por la teología; viene inmediatamente Schu, luego el círculo de Osiris, en el cual están incluidos Thoth, Anubis y las otras muchas divinidades. Esta larga serie está terminada por seres denominados «servidores de Horo» (*schemsu Hor*), que durante muchos miles de años — en el papiro de Turin parece que es de 13,420 el número de años que a ellos se refiere — gobernaron en Egipto. Forman la transición de los dioses a los soberanos terrenales los semi-divinos sucesores de Horo, de los cuales se habla con frecuencia en los monumentos egipcios, donde la frase «en tiempo de los servidores de Horo» equivale a «en tiempos primitivos.» Estos corresponden, al parecer, a los soberanos que la tradición manethónica designa con el nombre de «muertos» ó «manes.» A ellos sigue, así en el papiro de Turin como en la relación de Manethon, el rey Menes (1).

(1) Desgraciadamente son muy pocos los restos que poseemos de las partes del papiro de Turin a esto referentes: entre ellos hay, sin embargo, la serie de reyes de Oeb, Osiris, Set (que gobernó 200 años), Horo (que gobernó 300), Thoth, Ma'at. Los datos de Manethon se nos presentan también confusos y en forma de fragmentos: acerca de ellos pueden verse, además de las investigaciones de Bockh, Lepsius y Unger, las excelentes consideraciones de Gelzer: Julio Africano, tomo I, pág. 191,

Fácilmente se comprenderá cómo ha ido formándose esta tradición. Los egipcios refieren, como otros muchos pueblos, que los dioses de la antigüedad habitaban la tierra y que a ellos han de atribuirse los principios de la civilización y la conformación de la vida: narran por lo mismo sus luchas y actos heroicos, explican cómo Ra venció a la mala serpiente *Apop*, cómo creó de nuevo la raza humana, cómo Set mató a su hermano Osiris y como Horo tomó venganza de esta muerte. Todas estas leyendas fueron, con el tiempo, convirtiéndose en narraciones puramente históricas de antiguos sucesos, y con ello los dioses fueron humanizados, siendo considerados como antiguos soberanos que después de un largo reinado en la tierra volvieron definitivamente al cielo. Toda religión que desarrolla una mitología tiene al propio tiempo un rasgo de vida práctica, y este rasgo, en Egipto, se presenta claro desde principios del imperio medio: una inscripción habla en términos concisos del «bienaventurado rey Thoth,» que durante su vida se dedicó a la medicina.

En la dinastía de los servidores de Horo puede reconocerse el recuerdo de los tiempos prehistóricos del Egipto. Con Menes, en cambio, comienzan los tiempos históricos, que se diferencian de un modo muy marcado de todos los anteriores. Donde quiera que se hable de los soberanos terrenales del país, como por ejemplo en las listas de reyes de los monumentos, allí se encuentra a Menes en primer lugar; nunca vemos remontarse más allá de su nombre los tiempos míticos. Los egipcios se alaban fundadamente de mantener la debida separación entre el período histórico y la época en que los dioses vivieron sobre la tierra. «El primer hombre que reinó en Egipto fue Menes,» dijeron los sacerdotes a Herodoto (I, 4, 99), y en todo el tiempo de 341 generaciones que medió entre él y el primer Psammético (663 antes de Jesucristo) — que Herodoto calcula en 11,340 años — no se apareció ningún dios en forma de hombre ni varió la forma de la tierra ni la calidad de sus productos. El hombre siguió al hombre (2), sin intervención alguna de un dios ó de un héroe.

Esto sentado, podemos con razón aceptar que el nombre de Menes y por tanto naturalmente la lista de sus sucesores, son completamente históricos y que, por lo tanto, podemos considerarlos no como figuras legendarias, sino como los primitivos soberanos del país, sea que fueran los fundadores de la monarquía del país unido, sea que por un accidente casual comenzara con ellos la tradición histórica. Es muy probable que con él ó poco después de él comenzaran a formarse las listas de soberanos (3).

Más de veinte nombres de soberanos encontramos en nues-

tomo II, pág. 55. La serie de Ptah hasta Horo, que publicamos en el texto, debe reconstruirse seguramente por la relación de Manethon. Este trae luego una segunda serie de dioses que comienza con Anubis: vienen después los semi-dioses, reyes mortales (?) de Menfis y Tinis, y por último, los muertos ó manes. Junto a esta versión han circulado ciertamente otras varias más ó menos parecidas. — La traducción usual de *schemsu Hor*, por «sucesores de Horo» es falsa real y filológicamente: *schems* significa «seguir» solo en el sentido de «ir detrás de alguien,» y por eso generalmente significa servir. — Véase, por ejemplo, *Uwaspyr. Zl. 17*.

(2) *πρωτον ἐκ πρώτου* dice Herodoto y traduce *πρωτος* por *καλός*; *καλός*. *Prōton* es, sin embargo, la palabra generalmente usada para designar al «hombre,» y esto solo puede explicar el dato de Herodoto. Los sacerdotes le enseñaron a él y a Hecateo 345 estatuas de sumos sacerdotes tebanos, diciéndoles que ninguno de estos era un dios, sino que todos eran «hombres nacidos de hombres.» La traducción de Herodoto «nobles de nobles» no tiene sentido. Vemos, pues, que Herodoto no conocía tampoco las palabras más usuales del egipcio y que reproducía fielmente lo que había oído, de suerte que podemos ahora rectificar sus errores.

(3) Manaphani ó Menes se parece mucho al *Manu* de la India, que significa también hombre. (N. del T.)

tras listas, después de Menes, de cuyos hechos y personas nada sabemos, y aisladamente los encontramos también conmemorados en los monumentos de tiempos posteriores. A algunos de ellos, como Teti I (Atoti), hijo de Menes, y los reyes Husapti y Senda se atribuyeron después algunas obras sagradas que estaban envueltas en el nimbo de una antigüedad remotísima, obras en parte religiosas pero principalmente de medicina. Manethon dividió estos soberanos en tres dinastías, de las cuales las dos primeras procedían de Thinis, patria de Menes, y la tercera de Menfis; y aun cuando de su opinión difiere en este punto el papiro de Turin, hemos de seguir, por las razones antes expuestas, los datos del sacerdote historiador, bajo cuyo nombre han llegado también a nuestras manos muchas leyendas de estos primeros reyes. «El rey Menes hizo sus campañas fuera del país y conquistó fama, pero fue devorado por un hipopótamo.» «En tiempo de Uenefes, reinó gran hambre en el país: este rey construyó las pirámides de Kohome.» Durante el reinado de Boethos, abrióse la tierra cerca de Bubastis, siendo muchos los que perecieron; en tiempo de Kaichos, fueron reconocidos como dioses el buey Apis en Menfis y Mnevis en Heliópolis y el macho cabrío de Mendes; en tiempo de Binotris, se dispuso que las mujeres pudieran ocupar el trono — regla fundamental del derecho político egipcio que tuvo validez en todos los tiempos; — en tiempo de Neferheres, el Nilo corrió lleno de miel; Sesonchis tenía de estatura 5 ellos y 3 palmas (1), etc., etc. A ser más completas estas noticias, que pronto cesan en los extractos que de Manethon tenemos, podríamos por lo menos saber lo que los egipcios de posteriores tiempos narraban acerca de la época prehistórica de su país, cuando ahora son insuficientes para este objeto. Por lo demás, estos datos no tienen valor alguno. Las noticias históricas comienzan con el rey Snofru que fue, según parece, el vigésimo cuarto sucesor de Menes.

Es muy probable que durante los reinados de estos soberanos, que en conjunto debieron sentarse por espacio de 350 años en el trono del imperio unido, ocurrieran algunos sucesos de importancia, de los cuales no tenemos noticia ninguna: únicamente sabemos que el Estado se consolidó por completo durante este período, extendiéndose más allá de las fronteras del pueblo egipcio. Ya en tiempos muy antiguos, el territorio fronterizo situado más arriba de la cordillera de piedra arenisca de Silsile, cuyos habitantes fueron en la antigüedad, como son actualmente, la rama fundamental de los nubios, fue colonizado por los egipcios. No era la estrecha porción de terreno fértil del valle del Nilo — el desierto casi tocaba en parte a la corriente — lo que halagaba a los egipcios, sino el ansia de ocupar todo el río hasta sus naturales fronteras y al propio tiempo la montaña de granito de la primera catarata. La ciudad de Syena, hoy Assuan, constituía el centro de los trabajos de cantería y de ella tomaba el nombre la piedra más dura denominada *sienita*. Enfrente de ella, en la isla más septentrional del territorio de las cataratas, estaba situado el puerto fronterizo de Egipto, «la ciudad del marfil» Elefantina (*Ab*), como se la llama, lugar donde los comerciantes nubios hacían con los egipcios el comercio del marfil recogido en las cacerías de elefantes que se verificaban en el alto valle del Nilo. Todo este territorio, hasta la catarata, era considerado como inmediatamente egipcio y formaba con la ciudad de Silsile (Ehenu) — que por las canteras de piedra arenisca tenía la misma importancia que Syena por sus granitos — el primer nomos, «el país anterior» (*ta chent*; sus armas eran el arco nubio *حصح*). La naturaleza artificial

(1) Probablemente se han atribuido por equivocación a este soberano los datos relativos a la estatura del rey Sesostri (12.ª dinastía).

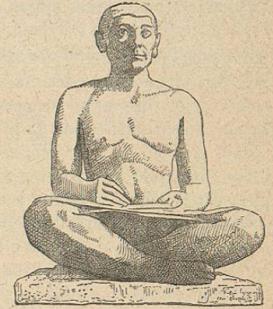
de este territorio parecía aun más patente teniendo en cuenta que comprendía muchas ciudades — además de la citada Ombos, la ciudad de Set, — cada una de las cuales adoraba a su divinidad especial.

Más arriba de la primera catarata no fundaron los egipcios colonia alguna. En cambio, era necesario asegurar las fronteras contra las invasiones de las tribus negras, y al propio tiempo los tesoros auríferos de la Nubia debían constituir un poderoso atractivo para los egipcios. Por eso, ya en tiempos muy antiguos, sojuzgaron una parte del alto valle del Nilo. En los comienzos de la sexta dinastía, los caudillos de Uaua, Amam, Maza y otros vieron obligados a contribuir con sus contingentes al ejército y a proporcionar trabajadores cuando el faraón enviaba a sus territorios sus funcionarios y mandaba cortar en las montañas ribereñas de la Nubia, hoy áridas pero en aquel tiempo pobladas de bosques, maderas para construir sus buques. Nada hay que se oponga a la creencia de que estas relaciones existían ya en tiempo y antes también de Snofru.

Análogas eran las que existían con las tribus nomadas de las áridas comarcas montañosas situadas al Este del Nilo. Desde fines de la quinta dinastía fueron explotadas las piedras preciosas del desierto valle de Rohanu, hoy Wadi-Hamamat, por el cual pasaba el camino que desde la ciudad del Nilo, Koptos, conducía al mar Rojo. De allí extraían los egipcios el alabastro, la diorita y el pórfido; y ya antes, ó por lo menos en tiempo de Snofru, se habían establecido en la otra orilla del mar Rojo, es decir, en la península del Sinaí, para explotar las minas de malaquita y de cobre. La malaquita (*matkat*) sobre todo era en alto grado estimada y se aplicaba a la preparación de los colores verdes. Las minas situadas en la parte occidental de la península y que hoy llevan los nombres de Wadi-Maghâra (2) y de Sarbût-el châdem, fueron probablemente escudriñadas en el camino de tierra y es probable que de muy antiguo hubiera en ellas una colonia fija de obreros, que tuvo que combatir a menudo con los rapaces beduinos de la península del Sinaí, que los egipcios denominaban *mentiu*. De cuando en cuando esa colonia recibía una visita de inspección de algún funcionario ó a veces del mismo rey.

Nos es imposible describir detalladamente todo cuanto venimos bosquejando, pues no nos es dado decir nada respecto de otros puntos, ya que nos vemos reducidos a apoyarnos simplemente en fragmentos. Cuando, como dice un antiguo texto egipcio, «el rey Huni hubo fallecido y el rey Snofru comenzó su reinado como soberano bienhechor del país,» cambió de repente la faz de las cosas, pues desde aquel momento encontramos abundantes pirámides é inscripciones de sepulcros privados y se presentan a nuestros ojos completamente claros el Estado y la cultura del Antiguo imperio.

La civilización egipcia, en aquella época, que no podemos describir pero sí indicar, se asimiló muchas cualidades materiales y morales; la manufactura y la industria tomaron gran incremento, bastando para demostrarlo hacer mención de los



Estatua de un escribiente egipcio del Antiguo imperio (existente en el Louvre)

(2) Véase el dibujo en Dumichen.